

## **Acuarelas: fotografías de árboles y colores**

El árbol se ha usado por diversas culturas muy pegadas a la tierra o tribales como tótem, se ha hecho vinculaciones cosmogónicas y prácticas entre la tribu y el árbol, se ha empleado en ceremonias de comunión sangre-savia. Al erigirse en tótem y como parte de este mundo mítico de la conversión hombre en árbol y árbol en hombre, ha sido centro de la cultura y de los mitos de muchos pueblos, como también ha tenido funciones más prácticas: morada de los espíritus heroicos, que aguardan, mezclados con la savia, incorporarse a un joven guerrero. El árbol también constituye deidad, centro de ofrendas y ritos, más cercano al hombre que el dios, el santo o el orisha que no se ve, y al cual transmite su fortaleza, resistencia y sabiduría.

Los antiguos sabían bien que adorar el árbol no era solo simple magia, praxis mítico-religiosa para explicar el cosmos. Más bien, esta es la ingenua explicación científica del hombre moderno. El árbol es fuente de vida, es y está en el hombre como el hombre está en él, no a través de la simbiosis mágica, sino como unidad ecológica y fundamental establecida por leyes naturales de las que no se puede escapar ni ahora ni nunca. La destrucción del árbol es la destrucción del yo. He ahí la antigua sabiduría.

La naturaleza se expresa a través de la creación en formas, texturas y colores. El infinito mundo vegetal está plétórico de bellos ejemplos ópticos: de color y luces y sombras.

En los medios visuales se acepta de forma unánime las representaciones monocromáticas como sucedáneos tonales del color de ese mundo natural tan ricamente coloreado. Para la creación nos acostumbramos a representar a través del tono y de las luces y las sombras, de forma tal que en géneros como la fotografía el color ha quedado casi relegado. Vinculamos el tono con la esencia y al color con las emociones, por lo que este último se ve como algo no útil, prácticamente ornamentación, acompañamiento de las obras pictóricas y fotográficas, en las que predominan degradaciones grises para ofrecer el contrapunteo de luces y sombras.

Sin embargo, esta visión es superficial. En realidad, el color está cargado de información y es una de las experiencias visuales más violentas que tenemos en la vida. El color deslumbra, asombra, atrae. Por lo común compartimos los significados asociativos del color de los árboles, la tierra, la hierba, el cielo, etc., cuyos colores son para nosotros estímulos comunes, y a los que asociamos un significado. Igualmente cargamos a los colores desde el punto de vista psicológico de un carácter simbólico, como cuando le colocamos al rojo el significado de sangre, peligro, amor, lucha, violencia, combate, etc. O sea, cada color tienen numerosos significados asociativos y simbólicos cuyo enorme vocabulario es vital para entender la obra artística, utilícese el color en sus diferentes dimensiones (matices, saturación y brillo).

Como la percepción del color es la parte simple más emotiva del proceso visual, el color tiene una gran fuerza expresiva y puede emplearse para reforzar la información visual, o también como centro y objetivo de esa información. Con independencia del significado cromático altamente transmisible cada

uno de nosotros tiene sus preferencias con respecto al color, personales y subjetivas. Pero conscientemente no hay un análisis de los métodos o motivaciones que empleamos ante las elecciones personales en lo relativo al significado y el efecto del color y a la percepción que hacemos de él. Por lo tanto, el artista deberá jugar con estas posibilidades subconscientes, ya se deban a necesidades energéticas, íntimas, subjetivas o no.

La fotografía está dominada por el elemento visual del tono/color aunque también tengan importancia otros elementos como el contorno, la textura, la escala y la posible simulación del volumen. En conjunto, los elementos visuales esenciales de la fotografía reproducen el entorno y cualquier cosa con una persuasión enorme, ya que cuenta con la credibilidad (a pesar de los avances tecnológicos). Sin embargo el fotógrafo no debe permitir que ese poder domine el diseño, sino más bien debe controlarlo y plegarlo a sus fines y objetivos. Domina numerosas variables que le permiten controlar la irreductible información ambiental. Normalmente, se cree que la cámara no puede mentir, lo que da una enorme fuerza a la fotografía en su capacidad para influir en la mente del observador.

La gradación en estas tramas de colores es natural, apenas manipuladas por el gran plano y el empleo digital de luces y sombras, cual si se hiciera de manera tradicional. Pero, eso sí, en este caso la intención es espiritual: las tramas de colores nos muestran, a través de su gradación, la profunda unidad existente en la naturaleza, en lugar de ruptura o separación. Se trata de la unidad profunda de la naturaleza. El color une. Y mucho más aún: desvela, permite ver. La representación de la naturaleza se convierte en un estallido de luz, en una experiencia espiritual de fusión con el todo, en una vía para hacer visible lo infinito en lo finito. El juego y la experimentación con las gradaciones del color, la luz y la sombra, alcanzan en la propia naturaleza su formulación más plena y libre, lo que intentaron los artistas en las pruebas o inicios de color para acuarela.

Las gradaciones materiales del color, la luz y la sombra, nos llevan más allá de la representación externa de la naturaleza: buscan producir una resonancia interior en la mente humana. Hablan al sentimiento, a la imaginación, al intelecto. Y, sobre todo, intentan abrir la vía de la visión. La luz y el color nos permiten asistir a la regeneración de la vida, a ese momento inicial o principio de todas las cosas, contenido en la idea del génesis.

La naturaleza no es simplemente uno de los más extraordinarios coloristas de la historia de la pintura. En realidad es el mejor visionario del color, un poeta de la luz. Pero en estas "acuarelas" aparentemente irreales, en las que aparecen fundidos los colores, vemos surgir formas asombrosas: figuraciones basadas en nuestras experiencias de vida, la cabeza de un perro, una virgen, el cuerpo sensual de una joven mujer. Pero todo es incierto, ninguna forma es plenamente reconocible, o sí lo es, según nos veamos o no parte de los árboles y de este mundo.